

HERRERO ESTEBAN, Jacinto. *Poesía completa*. PASCUAL PAREJA, Antonio (ed. lit.). Ávila: Ediciones de la Institución Gran Duque de Alba, de la Excm. Diputación de Ávila, 2023. ISBN: 978-84-18738-14-2

SOLEJAR DEL ESPERANZADO

En la tesitura hodierna de invalidación del principio de autoridad intelectual y de cuestionamiento, cuando no desautorización rotunda, del canon, con el consiguiente desprecio y postergación de los clásicos, el hilo de la tradición, y con él va de suyo el literario, corre serio riesgo de romperse para siempre, pues en modo alguno podrá restaurarse una vez truncado. Últimamente, cuando un poeta muere, no sólo no se queda encantado, como sostenía con gracia João Guimarães Rosa, sino que se procede a enterrarlo también literariamente y a olvidarlo de inmediato. Por poner dos ejemplos cercanos y recientes de nuestra Comunidad, citaré a Jesús Hilario Tundidor y Luis Javier Moreno.

Lo mismo pensé que ocurriría, y cerca ha estado de ser así, con la obra del abulense de Langa Jacinto Herrero Esteban. Menos mal que su discípulo dilecto, tanto en verso como en prosa, Antonio Pascual Pareja ha emprendido la necesaria y justa tarea de reunir y fijar su escritura. Me imagino, dadas las características de los escritos de Herrero y la dispersión con la que se publicaron, por regla general en ediciones de poca tirada, que la tarea en el ámbito poético ha sido ardua e ingente, sólo en lo referente a lo puramente textual supongo que las dificultades han sido muchas y delicadas algunas decisiones al respecto. Creo que el autor hubiera aprobado con creces el laboreo del compilador; siempre fue muy exigente con la presentación de los textos. En una de las últimas cartas que recibí de su pluma, me comentaba que el soneto que me adjuntaba, publicado en el homenaje al Álamo de Ledesma Criado, tenía allí, «en catorce versos, dos erratas». La destreza filológica de Pascual Pareja, conjugada con lo afectivo, ha dado un fruto inmejorable, muy de agradecer.

La poesía de Herrero, su corazón otoñal derramado, es de neta raigambre castellana, que no castellanista, se inscribe e integra en una poética que viene de Berceo o el Arcipreste de Hita («En todos los tus fechos, en fablar e en ál, escoge la mesura e lo que es comunal»), se encarna en una aleación entre las *Coplas* manriqueñas y la sequedad ascética y mística, a la que se suman los aportes noventayochistas, con Machado, Unamuno y Azorín a la cabeza.

Sobre todo a los primores de este último y a la desnudez de su paisano de La Moraña, San Juan de la Cruz, se acogen unos versos transparentes, austeros y acendrados, ceñidos a lo trascendente que, desde lo que no puede expresarse o, en todo caso, desde lo mínimo, muestran una realidad más elevada, donde debe hallarse lo verdadero, en consonancia con aquello de Kunt Hamsun: «Lo infinitamente pequeño es lo infinitamente grande en este mundo increíble». En determinados libros, esta ascendencia castellana de desnudez enunciativa, orientada a beldar las palabras y usar sólo las que conservan la dignidad, se conjuga y enriquece con aportes de cierta poesía hispanoamericana, en general nicaragüense, y complicidades con autores del Novecientos italiano como Ungaretti, Quasimodo y Saba, fruto de sus estancias en el país centroamericano y en Perugia.

El origen, y el ser, de su poética radican en lo religioso, a partir de una búsqueda interior constante. Desde lo primordial, lo sagrado, lo numinoso, la palabra de Herrero se aproxima a la divinidad, con la seguridad de que, como reza un escolio de Nicolás Gómez Dávila, «Dios nace en el misterio de las cosas». Junto a este empeño cardinal, en sus aledaños, cultivó el verso de aliento clásico y mitológico e incluso la vertiente cívica, abordando la soledad y el desaliento de la condición humana, catilinarias y epigramas incluidos, especialmente en *Tierra de los conejos* y *La golondrina en el cabrío*. El clima de la mayoría de sus poemas, entañados en la querencia por nuestra tierra, al paso cíclico de las estaciones, es inequívocamente abulense y el microclima, languero. En las páginas de esta *Poesía completa*, vertebrada, entre otros motivos recurrentes, por la niñez, la madre, los árboles o los pájaros, con la naturaleza, en su cristalina pureza de altura, a menudo como trasfondo, me atrevería a decir que está poetizada, en la línea de Santayana, con sus luces y algunas sombras, toda la provincia, y particularmente la capital, berroqueñas, con su «historia, toponimia, paisaje, hombres y poblado», escuchados y cantados «por la sangre en su latir hondo».

A su compañero de escuela en Langa, el pueblo natal de ambos, José Jiménez Lozano, le gustaba mucho la expresión del asceta renacentista francés Pierre de Bérulle «la fina punta del alma», según el premio Cervantes, «el ápice de nuestros adentros, de su hondón. De su pozo, si se mira por otro lado; de la estancia del medio donde pasan cosas de mucho secreto como Teresa de Ávila decía de la morada central de su castillo encantado y de cristal». Pues bien, eso es justamente lo que asoma en los versos humanistas, limpios, contenidos, inquisitivos, exactos, profundos, de Herrero, recogidos, prologados y anotados para la posteridad, con precisión, admiración y cuidado, de forma intachable, por Pascual Pareja, gracias a la Diputación Provincial de Ávila, a través de la Institución Gran Duque de Alba, en una edición bellísima en fondo y forma.

Fermín Herrero